

Rev. E. Maljaars
Lectura: Mateo 4:1-17

Salterios:

Primer: 251:2-3

Segundo: 357:1-3

Tercer: 140:1-4

Cuarto: 362:1-3

Último: 83:2-3

Introducción.

Querida congregación: Jesucristo comenzó Su ministerio con una palabra, y lo concluyó con la misma. La misma palabra, o la misma doctrina. ¿Con qué palabra comenzó Su ministerio, y con qué doctrina lo terminó?

Bueno, podemos encontrar esa palabra en Mateo 4:17: *“Desde entonces comenzó Jesús a predicar y a decir: Arrepentíos, porque el reino de los cielos se ha acercado.”* Y antes de que ascendiera, leemos en Lucas 24:47 que el arrepentimiento y la remisión de pecados deben ser predicados en todas las naciones, comenzando en Jerusalén.

Así que, niños, jóvenes: ¿con qué palabra comenzó a predicar? ¿Y qué doctrina mandó enseñar antes de ascender? “Arrepentíos” y “el arrepentimiento”. Por lo tanto, esta mañana quisiera pedir su atención para la preciosa Palabra de Dios, que se encuentra en Mateo 4:17.

Texto: Mateo 4:17¹

“Desde entonces comenzó Jesús a predicar y a decir: Arrepentíos, porque el reino de los cielos se ha acercado.”

Y así, con la ayuda del Señor, el siguiente tema y dos puntos:

Tema: El mandato de Jesucristo de arrepentirse

1. ¿Es el arrepentimiento realmente importante?
2. ¿Qué es el arrepentimiento?

Que, con la ayuda del Señor y Su bendición, por el poder del Espíritu Santo, la Palabra sea bendecida a los corazones de los pecadores, para que sean llevados al arrepentimiento, y que haya gozo entre los ángeles en el cielo; que pecadores hoy sean llevados al arrepentimiento.

¹ Todas las citas bíblicas en este sermón son tomadas de la versión Reina Valera-SBT realizada por la Sociedad Bíblica Trinitaria.

Primer pensamiento. ¿Es el arrepentimiento realmente importante?

Leemos en nuestro texto: *“Desde entonces comenzó Jesús a predicar y a decir: Arrepentíos”*.

¿Desde entonces? ¿Desde qué momento? Algunas cosas: en Mateo 3, Jesús fue bautizado con el Espíritu Santo. Fue ungido con el Espíritu Santo. Y sabemos que entonces Su Padre habló desde el cielo: *“Este es mi Hijo amado, en quien tengo complacencia”* (versículo 17). Luego, Jesucristo, lleno del Espíritu Santo, fue al desierto para ser tentado por el diablo. Allí Él se mantuvo firme como el Sustituto, como el Mediador y como la Cabeza del Pacto de Gracia. Adán, cuando fue tentado, cayó. Pero Jesucristo se mantuvo firme, resistiendo y peleando contra las tentaciones de Satanás.

¡Qué bendito Mediador desde ese entonces! ¿Cuál “entonces”? Bueno, leemos en Mateo 4, versículo 12, que Juan el Bautista fue echado a la cárcel. Así que Juan es quitado, y el Señor Jesucristo mismo viene. Y ahora Jesucristo viene como la gran luz a un pueblo sentado en tinieblas, para traerle luz. ¿Cómo? ¿Qué comenzó a hacer? Bueno, comenzó a predicarles. Mateo 4:17: *“Desde entonces comenzó Jesús a predicar”*.

Predicar es proclamar certezas absolutas: *“Así dice el Señor”*. Jesús predicó. Él habló en nombre de Su Padre y proclamó certezas absolutas. Él da un mandato, y lo hace con plena autoridad, porque Jesucristo es Dios. Él es divino.

El reino de los cielos, o el reino de Dios, se refiere a Su reino entre los hombres, comenzando con la gracia de Dios en sus corazones, y que culminará en gloria. El reino de Dios —el reino de los cielos— se ha acercado. Así que ahora es el tiempo, congregación: niños, niñas, jóvenes, adultos... ahora es el tiempo para oír Su voz, para prestar atención y para no endurecer su corazón, sino arrepentirse. Ahora es el tiempo.

¿Pero es el arrepentimiento realmente importante? A menudo oímos que la fe es esencial, y así lo es. Es absolutamente esencial, porque leemos en Romanos 5: *“Justificados, pues, por la fe, tenemos paz para con Dios por medio de nuestro Señor Jesucristo”* (versículo 1). Y, sin fe, es imposible agradar a Dios (Hebreos 11:6). La fe es esencial.

Pero, ¿olvidamos el arrepentimiento? ¿Olvidamos que Jesucristo manda a los pecadores que se arrepientan? Y esto no es simplemente una doctrina nueva en el Nuevo Testamento. No, se encuentra a lo largo del Antiguo Testamento. Por ejemplo: *“Volveos, volveos de vuestros malos caminos”* (Ezequiel 33:11).

El concepto del arrepentimiento está en el centro del mensaje del evangelio del Nuevo Testamento. Cuando Juan el Bautista comenzó a predicar, ¿qué dijo? Cuando estaba preparando el camino para el Mesías como Su precursor, ¿de qué predicó? ¿Qué leemos en Mateo 3:2? *“Arrepentíos, porque el reino de los cielos se ha acercado.”* Y poco después, el Señor Jesucristo viene y comienza Su ministerio público con el mismo mensaje. Leemos también en Marcos 1:14-15: *“Después que Juan fue encarcelado, Jesús vino a Galilea predicando el evangelio del reino de Dios, y diciendo: El tiempo se ha cumplido, y el reino de Dios se ha acercado; arrepentíos y creed en el evangelio.”*

¿Y qué del mensaje de los apóstoles? Consideremos también su predicación. En el mensaje de la predicación apostólica encontramos que el mandato —o llamado— al arrepentimiento va unido a la fe en el único Salvador, a creer en el evangelio. Pienso en el sermón de Pedro en Pentecostés: *“Así que, arrepentíos y convertíos, para que sean borrados vuestros pecados”* (Hechos 3:19). Pienso en el mensaje de Pablo en el Areópago: *“Pero Dios, habiendo pasado por alto los tiempos de esta ignorancia, ahora manda a todos los hombres en todo lugar que se arrepientan”* (Hechos 17:30).

Y así, en el Nuevo Testamento, el entendimiento de la redención es que el arrepentimiento se encuentra en el núcleo y centro, junto con la verdadera fe salvadora. Y lo mismo es cierto para hoy, querida congregación. El arrepentimiento es una parte esencial de la salvación. Escuchen lo que el Señor Jesucristo mismo dijo en Lucas 13:3: *“Os digo: No; antes si no os arrepintiereis, todos pereceréis asimismo.”*

Los siervos de Dios, como embajadores de Jesucristo, son llamados a proclamar este mismo mensaje. Esto es lo que Pablo también sabía. Sabía que tenía que predicar todo el consejo de Dios. Por lo tanto, leemos en Hechos 20:21: *“testificando a judíos y a gentiles del arrepentimiento para con Dios y de la fe en nuestro Señor Jesucristo.”* Judíos y gentiles: eso incluye a cada persona en esta tierra. Así que, ¿cuál es el contenido de Pablo? ¿Y cuál es el contenido, como oímos, de Juan el Bautista y del Señor Jesucristo mismo? Arrepentimiento para con Dios y fe en el Señor Jesucristo. El mensaje debe incluir arrepentimiento y fe, no solo fe, ni solo arrepentimiento, sino ambos.

¿Pero es Pablo en realidad correcto en lo que hace, poniendo el arrepentimiento al lado de la fe con la misma importancia? Bueno, pueden considerar el contexto inmediato del versículo: *“cómo nada que fuera útil he rehuido de anunciaros y enseñaros, públicamente y por las casas”* (versículo 20). Sabía que era útil predicar el arrepentimiento junto con la fe. Y luego, en el mismo capítulo, él dice: *“porque no he rehuido anunciaros todo el consejo de Dios”* (versículo 27).

Pablo sabía que no estaría libre de la sangre de esos oyentes si solamente predicara la fe en Jesucristo. Sabía que también debía predicar el arrepentimiento para con Dios. Sabía que tenía

que predicar ambos. Ambos son esenciales. Tenía que predicar todo el consejo de Dios, congregación.

Y así, tristemente, hoy en día, a lo largo del mundo, no se predicán el arrepentimiento y la fe juntos. No se hace. De hecho, el concepto del arrepentimiento es completamente olvidado o completamente malentendido. Existe un alto énfasis en el hecho de que debes creer.

“¡Debes creer!”, así se dice. Y sí, la fe es absolutamente esencial e importante, pero no sin el mandato de arrepentirse. Por ejemplo, un pastor se pone delante de su congregación y comienza a empujar e instar a su congregación: “¡Debes creer en Jesucristo para convertirte en un cristiano! ¡Debes creer! ¡Debes aceptar a Jesucristo en tu corazón!”

Pero nunca menciona nada acerca del arrepentimiento. Y en estos esfuerzos para persuadir a las personas a creer, a aceptar a Jesucristo, intentan hacerlo lo más fácil posible para que lo hagan, para que no descuiden el mandato de Jesucristo de creer, pero dejan a un lado el arrepentimiento. Lo olvidan por completo. Deben estar juntos.

No es que necesariamente el énfasis deba ser igual en cada sermón, porque hoy no oirán mucho acerca de la fe. Pero en el siguiente, el énfasis recaerá sobre la fe. No obstante, esta mañana, sobre el arrepentimiento.

¿Es el arrepentimiento importante? Sí. Oigan las palabras de Jesucristo mismo: “*Os digo: No; antes si no os arrepintiereis, todos pereceréis asimismo.*” Congregación: no arrepentimiento, no salvación tampoco.

Ahora, en la teología, hacemos una distinción entre el arrepentimiento y la fe. Son dos palabras distintas, que representan dos conceptos distintos. Al estudiar ambos, hacemos una distinción porque son diferentes. Sin embargo, debemos ser muy cuidadosos al hacer estas distinciones, para no separarlos completamente, porque se pertenecen. Son distintos, pero a la vez estrechamente conectados. Son íntimamente conectados en la vida de gracia, en el corazón de un pecador, obrados juntos por el poder del Espíritu Santo.

En la vida de cada verdadero cristiano, hay arrepentimiento y fe. La verdadera fe siempre involucra el arrepentimiento, y el verdadero arrepentimiento siempre involucra la fe. El verdadero arrepentimiento nunca se encuentra solo. Siempre tiene un bendito compañero: la fe. Siempre se encuentra junto con la fe en ese único Salvador y Dios, Jesucristo. Dondequiera que hay verdadera fe, siempre habrá arrepentimiento. Y dondequiera que hay verdadero arrepentimiento, siempre será en verdadera fe.

No pueden tener el sol sin luz, ni tampoco hielo sin frío, ni un fuego sin calor. Así, no puede haber fe sin arrepentimiento, y viceversa. Creo que fue el teólogo John Owen quien comparó los dos con gemelos siameses. Son gemelos unidos en la vida de gracia.

Congregación, es completamente ajeno a las Escrituras, a la doctrina de los apóstoles y de Jesucristo mismo afirmar ser cristiano y no producir frutos dignos de arrepentimiento, como Juan el Bautista lo describió.

La predicación o el evangelismo que se enfoca únicamente en la fe, que dice que lo único que necesitas hacer para convertirte en cristiano es aceptar a Cristo, que lo único que necesitas hacer es levantar la mano y aceptarlo, o realizar una confesión de fe en Jesucristo, o aceptar a Jesucristo en tu corazón, o asistir a la Santa Cena, ¡no es bíblica! ¡Es absolutamente falsa!

Y no es que solamente sea falsa, sino también muy peligrosa. ¿Por qué? ¿Por qué es peligrosa esa clase de predicación? Porque es a expensas de las almas que van a una eternidad sin fin. ¿Por qué es peligrosa? Porque la gente responderá. Un instructor en el seminario alguna vez dijo a sus estudiantes: “Si sigues tocando a una rana, tarde o temprano saltará. Así también, si sigues presionando a las personas para que crean, puede que eventualmente hagan el acto externo, pero no de corazón”. Lo harán con la mente. Y seguirán creyendo que están en Jesucristo, pero en realidad viven sin Él.

¿Por qué? Porque nunca han llegado a ser totalmente perdidos. Nunca se convirtieron en pecadores culpables delante de un Dios santo y justo. Nunca experimentaron en sus vidas la necesidad de ser reconciliados con un Dios santo, justo y bondadoso. Nunca experimentaron tristeza por sus pecados contra un Dios bondadoso. Nunca necesitaron a un Salvador para ser reconciliados con el Dios contra quien han pecado, y así que, nunca se arrepintieron. Por lo tanto, no son convertidos. No han nacido de nuevo. No son cristianos. Están caminando con una falsa seguridad de ser cristianos. Eso es tan peligroso y terrible.

Además, cuando se sienten deprimidos, van a visitar a su pastor, y su pastor les dice: “No te sientas tan deprimido. Es porque tu fe es tan débil. Recuerda, aceptaste al Señor Jesús en tu vida en tal día. Es simplemente porque te encuentras triste.” Y así son instados a seguir por el mismo camino con el mismo sentimiento falso de seguridad. Son malditos con una falsa esperanza y están en el camino a destrucción sin arrepentimiento. No hay salvación.

Mis queridos amigos, qué gran diferencia hay entre una profesión de fe y una verdadera posesión de fe. Una verdadera posesión de fe siempre incluye el arrepentimiento. Puedo preguntarles: ¿Cuál es una de las advertencias más aterradoras en la Biblia? ¿Cuál es?

Abren sus Biblias en Mateo 7, por favor. Allí encontramos una advertencia de parte del Señor Jesucristo en el Sermón del Monte. Al final de Su sermón, el Señor Jesucristo dirige Su advertencia a quienes profesan tener fe. ¿Cuál es esta advertencia?

“Muchos me dirán en aquel día: Señor, Señor, ¿no profetizamos en tu nombre, y en tu nombre echamos fuera demonios, y en tu nombre hicimos muchos milagros?” (Mateo 7:22). Y así vemos que muchos tal vez respondieron a este mandato de creer, quizá lo hicieron, y quizá profesaron ser cristianos, pero... Entonces leemos el versículo 23: “Y entonces les declararé: Nunca os conocí; apartaos de mí, hacedores de maldad.” Qué pensamiento tan sobrecogedor, congregación. Tú, afirmando ser un cristiano, esperando entrar al cielo, y luego tener que estar allí en el Día de Juicio, y oír estas palabras del Señor: “Nunca te conocí”.

“No te conozco; no te conozco en absoluto. Apártense de mí, hacedores de maldad”. El Señor se dirige aquí a personas que afirman ser cristianos, que afirman pertenecer a Él, pero que nunca se arrepintieron. ¿Cómo lo sabemos? Bueno, están aún viviendo en sus pecados. Y podemos leer en el versículo 20 lo que el Señor Jesucristo dijo: *“Así que, por sus frutos los conoceréis.”*

¿Cuáles son dos frutos que cada hijo de Dios, cada verdadero cristiano, tiene? ¿Cuáles son? El arrepentimiento y la fe. ¿Lo oyeron? El arrepentimiento y la fe. Y leemos en el versículo 21: *“No todo el que me dice: Señor, Señor, entrará en el reino de los cielos; sino el que hace la voluntad de mi Padre que está en los cielos.”* ¿Qué es hacer la voluntad del Padre que está en los cielos? Es volverse de todo pecado, seguir los mandamientos del Señor, y huir a Su Hijo unigénito: el arrepentimiento y la fe. Es comenzar a regocijarse en sus mandamientos y volverse del pecado. *“En esto conocemos que amamos a los hijos de Dios, cuando amamos a Dios y guardamos sus mandamientos” (1 Juan 5:2).* Es una parte del arrepentimiento.

Pero aquí el Señor Jesucristo dijo: *“Hacedores de maldad.”* No están luchando contra el pecado. Están aún viviendo en él, obrando iniquidad. Son los que profesan fe, pero no la poseen. Están viviendo en el pecado todavía; no lo han cortado de ellos. No tienen ningún odio por el pecado. No tienen arrepentimiento ni amor por el Señor. No se han alejado de la iniquidad. Viven aún en la iniquidad, sin arrepentimiento. Y ahora, escuchen lo que Pablo escribió en 2 Timoteo 2:19: *“Apártese de iniquidad todo aquel que invoca el nombre de Cristo.”*

Quizá está oyendo esta mañana y preguntando: “Pastor, ¿por qué un mensaje tan fuerte esta mañana? ¿Por qué tanto énfasis en el arrepentimiento?”

Bueno, congregación, tengo amor por sus almas también. No quiero que ninguno de ustedes termine en ese día esperando entrar, pero oyendo: “Apártate de mí, hacedor de maldad”. Mi anhelo por tu alma es que puedas ponerte allí y oír un solo mensaje de esa misma bendita boca: *“Ven, entra”*.

Mi amigo, debes arrepentirte. Debes arrepentirte de todos tus pecados. Y debo predicarte el arrepentimiento así como la fe.

Puedo preguntarte algo: ¿Es amor si el doctor solo te da la mitad del pronóstico? ¿Si solo te cuenta la mitad? ¿Y si oculta la otra mitad? ¿Es amor si un pastor solo predica la mitad del consejo de Dios? ¡Eso no es amor! Deben predicar todo el consejo, todo lo que esas pobres almas necesitan para la eternidad, todo ello: tanto el arrepentimiento como la fe. Un embajador debe proclamar todo el consejo, tanto el arrepentimiento como la fe. Porque sin uno de ellos, usted está perdido.

Es Su mensaje. Así dice el Señor, el Señor Jesucristo manda: “¡Arrepiéntete, arrepiéntete!” Es absolutamente importante y esencial. Y nuestros antepasados también sabían eso tan bien, por lo cual lo expresaron tan clara y sanamente en su lucha contra los arminianos. Escuchen lo que escribieron en el segundo capítulo, el artículo 5 de los Cánones de Dort:

Existe además la promesa del Evangelio de que todo aquel que crea en el Cristo crucificado no se pierda, sino que tenga vida eterna; promesa que, sin distinción, debe ser anunciada y proclamada con mandato de conversión² y de fe a todos los pueblos y personas a los que Dios, según Su beneplácito, envía Su Evangelio.

Querida congregación, mis amados amigos, ¡deben arrepentirse o perecerán!

Cantemos ahora, del Salterio 362, las tres estrofas.

La fe en Jesucristo y el arrepentimiento para con Dios. El mandato de Jesucristo de arrepentirse. ¿Es necesario? Absolutamente. El Señor Jesucristo te manda: “¡Arrepiéntete!” ¿Puedo preguntarte algo? ¿Eres tú un pecador arrepentido? ¿Te has arrepentido? ¿Eres arrepentido? ¿Describe eso también tu vida? Y ahora, quisiera hacerles otra pregunta:

Segundo pensamiento. ¿Qué es el arrepentimiento?

Niños, ¿saben lo que es el arrepentimiento? Jóvenes, adultos, si alguien les pidiera describir lo que es el arrepentimiento, ¿podrían dar una respuesta? La palabra arrepentirse significa “tener un cambio de opinión”. Significa cambiar, tener un cambio total de opinión acerca de algo.

Y ahora, hoy en día, como también en la historia de la iglesia, hay quienes dicen que esto significa que tú debes cambiar tu opinión acerca de Jesucristo. Y por favor, escúchenme bien: solo cambian su opinión acerca de Jesucristo. Ellos enseñan que lo único que necesitas realizar para

² O también: arrepentimiento.

alcanzar el arrepentimiento, el arrepentimiento bíblico, es tener diferentes pensamientos acerca de Jesucristo.

¿Es esta la doctrina bíblica del arrepentimiento? ¿Es esto lo que Jesús quería significar con el término? ¿Es esto lo que significa el verdadero arrepentimiento espiritual? ¿Es simplemente un cambio de opinión acerca de quién es Jesucristo?

Ellos enseñan que antes de tu conversión, quizá nunca pensaste en Él, nunca tuviste ningún pensamiento acerca de Él, o tal vez, antes de tu conversión, tenías pensamientos incorrectos acerca de Él. Pero luego, por la Palabra, o a través de la predicación, o por estudiar la Biblia, ahora tienes diferentes pensamientos acerca de Jesucristo. Comienzas a ver ciertos hechos acerca de quién es Él, y tu opinión cambia acerca de quién es. Tienes una diferente perspectiva acerca de Jesucristo.

¿Es esto arrepentimiento? ¿Es solamente esto lo que se incluye en el arrepentimiento? ¿Es esto lo que Jesucristo quería decir cuando mandó a todos los pecadores en todo lugar que se arrepintieran? No. ¡No!

Es cierto. Dios entra en la vida de un pecador. Nace de nuevo. Es convertido. Comienza a ver quién es ante Dios. Comienza a ver el pecado. Y, por la misma obra del Espíritu Santo, también comienza a ver quién es Jesucristo en realidad. Y sí, absolutamente, su opinión cambia. Él se vuelve absolutamente indispensable; Él se vuelve absolutamente idóneo. Y se vuelve totalmente precioso, más precioso que cualquier otra cosa que estimaba antes, cuando lo ignoraba. Quizá se sentaba en la iglesia bajo la predicación del evangelio de Jesucristo. Y oía muchas verdades, pero no eran más que hechos. No tocaban su corazón. No había necesidad. Pero ahora hay una necesidad. Ahora hay un hambre y sed por Dios, por Jesucristo, por el Mediador. O quizá estaba viviendo en el mundo. Nunca, nunca pensaba en Él. Pero Dios lo trajo bajo la verdad, lo hizo vivir, y él comienza a oír el precioso Nombre de Jesucristo.

Pero mi pregunta sigue: ¿Es solo esto lo que está incluido en el entendimiento bíblico del arrepentimiento? ¿Qué quería decir el Señor Jesucristo cuando dijo: “Arrepentíos”? ¿Cuando manda a todos que se arrepientan?

El arrepentimiento es un cambio total y completo de opinión, de toda tu mente, no solamente de algunas cosas. Es un cambio total de todo tu ser, de toda tu manera de pensar. Tu mente es radicalmente renovada. La luz se enciende, para decirlo sencillamente, y comienzas a ver quién eres, comienzas a ver lo que el pecado realmente es, comienzas a ver quién es Dios, y también llegas a ver quién es Cristo.

Desde la caída de Adán en el Paraíso, no necesitamos que se nos enseñe lo que es el pecado. Pecamos de manera natural. Somos totalmente depravados. Vivimos naturalmente en el pecado, sea dentro de la iglesia o en el mundo. Lo amamos. Amamos el pecado y nada más. Tal como el ave ama volar, y el pez ama nadar, así de natural es el pecado para el hombre natural, sin gracia.

Pero ahora, cuando el corazón es radicalmente renovado por el poder del Espíritu Santo, cuando un pecador es hecho vivo, entonces su mente es iluminada —y no solo en un aspecto específico—, sino en todo. Todo está incluido aquí. Comienza a verse a sí mismo a la luz de la Palabra de Dios. Comienza a ver cuán terrible es el pecado. Comienza a ver cuán santo y justo, pero también cuán bueno y misericordioso es Dios. Su ser entero es renovado: su mente, sus pensamientos, sus afectos y sus deseos.

Por la gracia de Dios, los pecadores son hechos vivos y comienzan a arrepentirse y a creer. Comienzan a arrepentirse para con Dios, y también a creer en ese único Salvador, Jesucristo. Por la gracia recibida, se les da vida, y comienzan a arrepentirse. Leemos acerca de esto también en los Cánones de Dort, en los Capítulos 3 y 4, Artículo 12:

De modo que todos aquellos en cuyo corazón obra Dios de esta milagrosa manera, renacen cierta, infalible y eficazmente, y de hecho creen. Así la voluntad, siendo entonces renovada, no sólo es movida y conducida por Dios, sino que, siendo movida por Dios, obra también ella misma. Por lo cual con razón se dice que el hombre cree y se convierte por medio de la gracia que ha recibido.

Por medio de la gracia recibida. ¿Cómo puede un pecador muerto llegar a aborrecer el pecado que tanto ama? ¿Cómo podrá amar lo bueno, si en su corazón solo hay amor por lo malo? ¿Cómo podrá, por sí mismo, llegar a odiar el pecado? ¿Cómo llegará a amar lo que es bueno? Solo por la gracia de Dios. Por la gracia de Dios, los pecadores se arrepienten.

¿Puedo preguntarles algo? ¿Qué es lo que verdaderamente quebranta el corazón? Niños, piensen en esto: cuando hacen algo malo, ¿qué es lo que realmente les duele después? Es cuando ven las lágrimas o el dolor en los ojos de su madre. Eso duele más que una buena y sonora nalgada. El castigo físico puede pasar, pero esa mirada de amor herido... esa sí rompe el corazón.

Y así podemos pararnos delante del Monte Sinaí y escuchar todos los truenos y temblores. Pero eso, por sí solo, no quebranta el corazón. Sí, nos convence de pecado —y eso, sin duda, lo necesitamos—, pero ¿qué es lo que verdaderamente quebranta el corazón?

La bondad de Dios conduce a los pecadores al arrepentimiento. Su bondad: que Él es tan bueno para con miserables pecadores, que aún les da comida, que cuida de sus cuerpos, pero también da mucho más. Él les da la Palabra de vida, que puede hacerles sabios para ese único camino de salvación. Él da a Su Hijo incluso; Él da a Jesucristo. Y Lo dio, no solo para vivir, sino también para morir. ¡Oh, para ser llevado al Monte Gólgota, donde Jesucristo fue crucificado! Y cuando ves ese amor, ese amor de Dios el Padre, y ves que Él derramó la ira sobre Él en vez de ti, sobre Su amado Hijo unigénito, y cuando puedes saber y ver que ese Salvador fue allí por ti...

Ese amor quebranta el corazón. Eso lo derrite. ¡Oh, que el Señor obre poderosamente, para que tú no solo oigas la ley, sino también el evangelio, y el hecho de que por la bondad de Dios te encuentras aún en la tierra de los vivientes, todavía en el tiempo de gracia, con la oportunidad de oír Su mandamiento de arrepentirse: “Arrepiéntete y cree en Mi Hijo. Vuélvete, vuélvete, ¿por qué morirás?”

Que, por el poder del Espíritu Santo, esa bondad pueda entrar en tu corazón esta mañana, y que tú seas quebrantado, inclinándote ante Él en adoración por tal misericordia, para con tal miserable pecador.

Pero, ¿qué es el arrepentimiento? Tengo cinco pensamientos que quiero compartir con ustedes esta mañana acerca de lo que es el verdadero arrepentimiento. Escuchen, examinen sus corazones. ¿Conocen algo de esto por la enseñanza del Espíritu Santo en su corazón y vida? Que todos aquellos que sí conocen algo de esto puedan experimentar el Espíritu testificando de ello con su espíritu, y que sean quebrantados nuevamente por las maravillas de la gracia de Dios hacia tales pecadores.

Y si careces de esto, sé honesto contigo mismo, y ruega al Señor que te vuelvas culpable. Él te manda a arrepentirte, y si no te arrepientes, simplemente continúas en el pecado.

Así que, ¿qué es el verdadero arrepentimiento? El verdadero arrepentimiento comienza con un conocimiento del pecado. En tal caso, puede que estés viviendo en la iglesia o en el mundo, puede que seas un fariseo o un pródigo, pero estás muerto en pecado.

Sin embargo, cuando Dios viene, comienzas a tener un poco de conocimiento de lo que constituye el pecado. Comienza con un conocimiento del pecado. No, no lo que el hombre define como pecado. No las ideas del hombre, sino lo que Dios dice, lo que Dios llama pecado en Su Palabra. Y comienzas a verlo: es pecado. “Yo estoy haciendo esto; es pecado. Vivo de esta manera. Es pecado.” Y entonces comienzas a ver ese monte de pecado, porque no tenemos solo algunos pecados, solo algunos errores, solo unas cuantas fallas. No, somos pecado. Nos convertimos en pecado, y tenemos un monte de pecado. Tenemos esa carga sobre nuestras espaldas, tal como Cristiano la tenía en *el Progreso del Peregrino*.

Comienzan a ver el pecado contra todos los mandamientos de Dios. “Yo peco contra Dios. Peco contra un Dios que solo hace lo bueno.” Lo ven. Está en sus pensamientos y en sus palabras; está en sus hechos y en sus afecciones. Simplemente sale de ellos esa fuente que fluye de maldad y pecado. “Yo he pecado.”

¿Tienes tú un conocimiento de pecado? No, no solo hechos, sino que, ¿tienes tú un verdadero conocimiento de que tú, no, no tu prójimo, sino tú, eres pecado, y que tú has pecado contra Dios? Ellos comienzan a verlo: “He pecado; he pecado.”

Y así comienzan a mendigar, tal como ese publicano atrás, en el rincón del templo. Niños, ¿saben esa oración?: “*Dios, sé propicio a mí, pecador*” (Lucas 18:13). Quizá la dijeron solo con sus labios varias veces, pero ahora surge de sus corazones: “Dios, ten misericordia de mí, un pecador.” Mi amigo, ¿tienes conocimiento del pecado? No, no aquí en la cabeza, sino aquí, en el corazón. Pecado contra Dios.

Y ese conocimiento del pecado, ¿a qué conducirá? ¿Qué causará? Ese es nuestro segundo punto en cuanto al verdadero arrepentimiento: conducirá a la tristeza. Llevará a la verdadera tristeza que es según Dios. El corazón es tocado; son compungidos en sus corazones, y no solamente en sus mentes. Lo ven y entienden, pero va ahora al corazón mismo. Son compungidos en el corazón: “Yo he pecado”, y así comienzan a llorar. Están afligidos a causa de sus pecados: “He sido tan necio”, dicen, “un necio. Sabía mejor. Crecí en un hogar cristiano. Iba a la iglesia. Asistía a un colegio cristiano. Pero he sido un necio. He vivido según mis propios deseos en el mundo. He sido un necio.”

Comienza a doler el hecho de que hayas pecado contra un Dios que ha sido tan bondadoso contigo. No solo conocimiento de pecado, sino también tristeza, una profunda tristeza en el corazón, un dolor. Duele. Y quizá no vean las lágrimas corriendo por sus mejillas, pero en el corazón hay dolor. “He pecado contra Dios, un Dios santo, justo y bueno.”

Eso es parte del verdadero arrepentimiento. Leemos en 2 Corintios 7:10: “*Porque la tristeza que es según Dios produce arrepentimiento para salvación, del que no hay que arrepentirse*”.

El pecado se convierte en la carga más grande. No, no su situación económica, no su salud, no sus preocupaciones políticas, sino el pecado. Todas esas demás cosas son cosas que podemos también llevar al Señor, y puede que sean verdaderas y grandes cargas. Pero el pecado se convierte en la carga más grande. Como lo dijo David en el Salmo 38:4: “*Porque mis iniquidades han pasado sobre mi cabeza; como carga pesada se han agravado sobre mí*.”

Mi amigo, ¿tienes tú un conocimiento de pecado, de pecado contra Dios? ¿Y hay tristeza en tu corazón por haber pecado contra Dios? ¿Tienes una carga? ¿Se ha vuelto demasiado pesada? ¿Anhelas ser librado de tu pecado? ¿A qué conduce esto?

Eso es la tercera parte del verdadero arrepentimiento. Conduce a una confesión. Ellos comienzan a confesar sus pecados. No los ocultan, no los cubren, no los minimizan ni hacen excusas. No, se vuelven personas arrepentidas. Su boca se abre y su lengua comienza a confesar lo que está en su corazón, y así lo derraman ante Dios. Confiesan ante Él todos sus pecados y toda su maldad. Ya no mienten, sino que lo hacen honesta, verdadera y rectamente.

Y ellos anhelan. Y es un dulce lugar poder derramar todo su corazón, confesando todo el pecado y la maldad. Hay una cierta dulzura en el arrepentimiento. Anhelan hallar un pequeño lugar para poder compartir todo, un lugar donde pueden ser honestos y rectos, para decir: “Señor, soy pecado. Soy pecado desde mi cabeza hasta mi pie, por dentro y por fuera”. Ya no pueden mantenerse callados.

Pienso en David. Él vivía en el pecado, o había pecado y vivía con ello, hasta que Natán vino y le dijo: *“Tú eres aquel hombre”* (2 Samuel 12:7), y entonces fue llevado al arrepentimiento. Eso es lo que leemos en el Salmo 51, los primeros versículos: *“Ten piedad de mí, oh Dios, conforme a tu misericordia; conforme a la multitud de tus piedades borra mis rebeliones. Lávame más y más de mi maldad, y límpiame de mi pecado ... Contra ti, contra ti solo he pecado”* (Salmo 51:1,2,4). Él derramó su corazón. Hay un conocimiento de pecado, una tristeza por el pecado, y una confesión del pecado a Dios. Oh, encontrar esos lugares a veces, para poder derramarlo. Nada más sino derramar todo ante Dios.

Mi amigo, ¿tienes tú un conocimiento del pecado? ¿Tienes tristeza por el pecado? ¿Y confiesas tu pecado? No a otros, sino a Dios. ¿Y qué más? ¿Qué más hay en el verdadero arrepentimiento? Debes arrepentirte, ¿qué está incluido en ello? El separarse del pecado.

Una separación. Ellos comienzan a odiar el pecado. Vivían en el pecado y lo amaban, pero ahora quieren separarse de él. Quieren deshacerse de todo. No, ellos no dicen: “Bueno, eso es solo un pequeño pecado. Eso está bien, y esos grandes deben irse”. No, todos sus pecados. Quieren deshacerse de todos. Comienzan a matar el pecado porque lo odian.

Quieren hacer una separación de todo pecado. Dejan de asistir a lugares de pecado. También tienen que dejar atrás a amigos y compañeros. Quizá tales personas formaban toda su vida. Sin embargo, solo los conducían al pecado. No son mejores, pero ya no pueden vivir con ellos. Simplemente no lo pueden hacer. No pueden seguir en los mismos caminos. Son como el hijo pródigo. Él ya no pudo vivir en ese lugar de pecado. Estaba viviendo alejado de la casa de su Padre. Tuvo que irse también.

¿Lo has hecho tú? ¿Estás separándote del pecado? ¿Anhelas hacer lo bueno? ¿Odias lo que es malo? ¿Por qué odias lo malo? Porque Dios lo odia. Porque el pecado causa una separación con Dios.

Ellos anhelan Su favor. Desean ardientemente Su sonrisa. Quieren tener dulce comunión con Dios, y el pecado causa una separación. Por eso, ya no quieren pecar más. No quieren ver esas caras largas; anhelan una pequeña sonrisa. Quieren una pequeña muestra de amor y misericordia de lo alto. Y quieren deshacerse de todas las causas de separación y de todo lo que provoca a Dios a ira.

Comienzan a vivir una vida como José. ¿Lo recuerdan? Lejos de la casa de su padre, alejado en esa tierra ajena, fue tentado de gran manera porque José también era un hombre de carne. Fue tentado a cometer adulterio. Nadie lo habría sabido, pero Dios sí. Y así oímos lo que salió de la boca de José: *“¿Cómo, pues, haría yo este gran mal y pecaría contra Dios?”* (Génesis 39:9). No pudo pecar; no quería pecar.

Mi amigo, ¿tienes un conocimiento del pecado? ¿Tienes tristeza por el pecado? ¿Has confesado tu pecado? ¿Y te estás separando de tu pecado? Quizá algo nuevo entra en tu vida. Ves, eso también es pecado. Entonces lo cortas de ti. Es una vida de arrepentimiento, de mortificación, de crucificar la carne. Y el verdadero arrepentimiento, como también dije, produce un odio, un odio verdadero y justo contra todo lo que es pecado y malo ante Dios y ante Jesucristo.

Comienzan a odiar el pecado en hechos, pensamientos, palabras y acciones, y sí, incluso tienen un odio santo por su propio ser. Sí, consideren Ezequiel 36. En ese capítulo, leemos que el Señor, por Su gracia libre y soberana, dará un nuevo corazón y un nuevo espíritu. Y luego leemos en el versículo 31: *“Y os acordaréis de vuestros malos caminos y de vuestras obras que no fueron buenas, y os avergonzaréis de vosotros mismos por vuestras iniquidades y por vuestras abominaciones.”*

Mis amigos, ¿tienen ustedes un conocimiento del pecado? ¿Hay una tristeza verdadera, que es según Dios, por el pecado? ¿Confiesan su pecado? ¿Están alejándose de sus pecados? ¿Y tienen un odio por el pecado, incluso por quienes han sido y lo que siguen siendo?

Estos pecadores verdaderamente arrepentidos se regocijan en lo que es bueno y odian lo que es malo. Y esos pecadores que conocen la gracia del verdadero arrepentimiento son como Pablo. Desean hacer lo bueno, pero están inclinados a lo malo. Hay una guerra por dentro. Su carne es tan fuerte, pero en su espíritu tienen amor. Desean hacer lo que es bueno para el Señor. Quieren servirlo en todos sus caminos. Y, ¿qué confiesan? *“¡Miserable hombre de mí!”* (Romanos 7:24).

¿Hay tales miserables espirituales aquí esta mañana? Esa es una marca de la gracia de Dios que forma parte del verdadero arrepentimiento.

Mi amigo, pon tu corazón al lado de estas marcas, y yo incluido. ¿Puedes afirmar que conoces algo de ellas? ¿Puedes decirlo esta mañana? ¿Es cierto? ¿Conoces algo de ello? No, no es perfecto. No puedes levantar una bandera y decir: “¡Eso soy yo!” No obstante, ¿es cierto en tu vida? ¿Está la esencia de ello en tu corazón por la gracia de Dios? Bueno, que eso entonces quebrante tu corazón esta mañana, que Dios ha mirado a ti, ha obrado en ti y ha comenzado en ti. Es Su gracia. Que te quebrante y te lleve a dar toda la gloria y la honra a Él.

¿Están siempre muy activos estos distintos puntos? No, es como un fuego. Tal como en un fuego, hay llamas, hay humo, y a veces hay solo brasas. Así, en el corazón de los hijos de Dios, hay subidas y bajas, pero la esencia, la verdad, está siempre allí. Ellos viven dependiendo del Espíritu Santo soplando sobre sus corazones, para que no haya solo humo, no solo brasas, sino también llamas de verdadero arrepentimiento y fe en el único Salvador Jesucristo.

¿Eres tú entonces un pecador arrepentido? ¿Tienes la gracia del arrepentimiento? Debes arrepentirte o perecerás. ¿Careces de esto? Sé honesto. ¿No lo tienes? ¿No conoces nada del arrepentimiento? Y quizá incluso confiesas: “Soy cristiano”. Mi amigo: no arrepentimiento, no salvación.

No puedes ser un verdadero cristiano sin arrepentimiento. No puedes ser un verdadero cristiano sin fe en Jesucristo, pero tampoco puedes ser un verdadero cristiano sin arrepentimiento. Van de la mano, como gemelos unidos.

¿Hay esperanza, congregación? Dices: “Soy tan impenitente, tan perdido. Mi corazón es tan duro. ¿Hay esperanza para mí?” Sí, sí. Espero que te sientas culpable. Espero que te sientas culpable por nunca haberte arrepentido, si es tu caso. Pero leemos algo hermoso. Hay esperanza, congregación. Esperanza. Hechos 5:31: “*A este ha ensalzado Dios con su diestra por Príncipe y Salvador*”. Y ahora, escucha, porque allí está la esperanza: “*para dar a Israel arrepentimiento y remisión de pecados*.” ¿Necesitas esta gracia de arrepentimiento? Entonces puedes clamar a Él. Puedes ir a la Biblia y leer este texto y decir: “Señor, he oído que Tú has exaltado a Tu Hijo a lo alto, a Tu diestra, para dar arrepentimiento. Y yo necesito arrepentimiento, Señor. Señor, llévame al arrepentimiento por primera vez, o de nuevo.”

Y así vemos que el arrepentimiento no es simplemente un cambio de opinión acerca de quién es Jesucristo. Esto está incluido. Pero no es todo, porque se trata del pecado y de quiénes somos nosotros también. Y está incluido en quién es Él, el precioso Salvador. No hay verdadero arrepentimiento sin fe. Y no hay verdadera fe sin arrepentimiento.

En Pentecostés, Pedro proclamó el evangelio, y declaró el pecado, y fueron compungidos de corazón. Arrepentimiento: va a lo más profundo de mi corazón, de lo que he hecho, de lo que soy delante de Dios.

Congregación, no hay verdadera conversión sin un verdadero giro, un arrepentimiento de caminos pasados, de caminos pecaminosos, de una vida de maldad, y una huida a ese único Salvador, a esos brazos abiertos de ese precioso Salvador. Sus brazos están abiertos para recibir a los mendigos arrepentidos, a los miserables. Sus brazos siguen abiertos hoy.

Espero que llegues al arrepentimiento y que huyas por tu vida a esos brazos abiertos. Él llama: *“Mirad a mí y sed salvos, todos los términos de la tierra, porque yo soy Dios, y ninguno más hay”* (Isaías 45:22). Sus brazos están abiertos, y esos brazos están abiertos de par en par para recibir al más vil, impío e impenitente pecador, pero ven al arrepentimiento por la gracia de Dios y huye a Él.

Nunca rechazará a ningún mendigo arrepentido, como Él retrató en la Parábola del Hijo Pródigo. No, más bien, los ve venir. ¿Y qué hace? Sale corriendo para recibirlos. ¿Y luego se para? No, ese Padre lo abrazó y lo besó. Y todo lo que hizo a ese hijo arrepentido fue decirle: “Tú eres mi hijo nuevamente”. ¡Qué maravillas de la gracia de Dios!

Que haya aquí también pecadores que sean llevados al arrepentimiento y que huyan a ese único Salvador para la gloria de Dios, para su consuelo y para la salvación eterna.

Amén.